

del cuerpo y de pescado la inferior; mas á pesar de ello ostentaba un alto templo en Azot, y era temido en toda la costa de Palestina, en Gata, en Ascalon y Ascaron, y hasta en los limites de la frontera de Gaza.

Seguíase Rimmon, cuya deliciosa morada era la bella Damasco, en las fértiles orillas del Abbana y del Farfar, apacibles y cristalinos rios. Tambien éste fué osado contra la casa de Dios: por el leproso que perdió una vez ¹, se ganó un rey, á Acáz², su imbécil conquistador, á quien apartó del ara del Señor, poniendo en su lugar otra al estilo sirio, sobre la cual depositó Acáz sus impías ofrendas, adorando á los dioses á quienes habia vencido.

Aparecieron despues en numerosa cohorte aquellos que bajo nombres un dia famosos, Osiris, Isis, Oro³ y su séquito de monstruos y supersticiones, abusaron del fanático Egipto y de sus sacerdotes, los cuales se forjaron divinidades errantes, encubiertas bajo formas de irracionales, más bien que humanas.

Ni se libró Israel de aquel contagio, cuando transformó en oro prestado el becerro de Oreb; crimen en que reincidió un rey rebelde en Betel y en Dan⁴, presentando bajo la apariencia de aquel pesado animal á su creador, Jehováh, que al pasar una noche por Egipto, aniquiló de un solo golpe á sus primogénitos y á sus rumiantes dioses.

El último fue Belial⁵. Nunca cayó del cielo espíritu más impuro ni más torpemente inclinado al vicio por el vicio mismo. No se elevó en su honor templo alguno ni humeaba ningun altar; pero ¿quién se halla con más frecuencia en los templos y los altares, cuando el sacerdote reniega de Dios, como renegaron los hijos de Eli, que mancharon la casa divina con sus violencias y prostituciones? Reina tambien en los palacios, en las cortes y en las corrompidas ciudades, donde el escandaloso estruendo de ultrajes y de improperios se eleva sobre las más altas torres; y cuando la noche tiende su manto por las calles, ve vaga-

(1) El siríaco Naaman, que fué curado de la lepra por Elisha, y que en agradecimiento se propuso no ofrecer en adelante ni incienso ni sacrificio á ningun otro dios más que al Señor.

(2) Acáz ó Ahaz, habiéndose hecho dueño de Damasco, ayudado por el rey de Asiria, vió un altar del que envió un modelo ó copia á Jerusalén para que por él hiciesen otro, y á su regreso á aquella ciudad sacrificó sobre él y se entregó del todo á la idolatría.

(3) Osiris é Isis se cree probable que fuesen en su origen representaciones del Sol y de la Luna. Oro se decia hijo de ambos. Estos y otros dioses de los egipcios eran adorados bajo las *monstruosas formas* de toros, perros, gatos, etc., y la causa de esta supersticion se derivaba de la fábula tradicional de que cuando asaltaron el Cielo los gigantes, se amedrentaron los dioses de tal manera, que huyeron á Egipto encubriéndose bajo formas de varios animales; á lo cual agradecidos los egipcios, comenzaron á tributar culto á los dioses en las figuras que habian tomado.

(4) Jeroboam, á quien hicieron rey los israelitas rebelados contra Roboam.

(5) Como el primero era Moloc, éste por su fiereza, y Belial por lo torpe y por lo medroso.

bundear por ellas á los hijos de Belial, repletos de insolencia y vino. Testigos las calles de Sodoma y la noche de Gabaa¹, cuando fué menester exponer en la puerta hospitalaria á una matrona para evitar raptó más odioso.

Estos eran los principales en grado y poderio; los demás seria prolijo enumerarlos, aunque muy célebres en lejanas regiones: dioses de Jonia á quienes la posteridad de Javan tuvo por tales², pero reconocidos como posteriores al cielo y á la tierra, padres de todos ellos. Titan, primer hijo del cielo, con su numerosa prole y su derecho de primogenitura, usurpado por Saturno, más jóven que él; del mismo modo á este se lo arrebató el poderoso Júpiter, su propio hijo y de Rhea, que fundó en tal usurpacion su imperio. Estos dioses, conocidos primero en Creta y en el monte Ida, y despues en la nevada cima del frio Olimpo, gobernaron en la region media del aire, su más elevado cielo, ó en las rocas de Delfos, ó en Dodona, y en toda la extension de la tierra Dórica. Otro huyó con el viejo Saturno por el Adriático á los campos de Hespéria, y por el pais de los celtas, arribó á las más remotas islas.

Todos estos y más llegaron en tropel, pero con los ojos bajos y llorosos; aunque á vueltas de su sombrío ceño, se echaba de ver un destello de alegria; que no hallaban á su caudillo desesperado, ni ellos se contemplaban aniquilados, en medio de toda aquella destruccion. Comunicóse su esperanza al dudoso gesto de Satan, y recobrando de pronto su acostumbrado orgullo, prorumpió en recias voces, con entereza más simulada que verdadera, y poco á poco reanimó el desfallecido aliento de los suyos, disipando sus temores.

De repente ordena que al bélico són de trompetas y clarines se enarbole su poderoso estandarte: Azazel, gran querubin, reclama de derecho tan envidiable honor, y desenvuelve de la luciente asta la bandera imperial, que enarbolada y tendida al aire, brilla como un meteoro, con las perlas y preciosos metales que realzan las armas y trofeos de los serafines. Entre tanto resuenan los ecos marciales del sonoro bronce, á los que responde el ejército todo con un grito atronador, que retumbando en las concavidades del infierno, lleva el espanto más allá del imperio del caos y la antigua noche.

(1) *Judices*, xix, 25.

(2) Supónese que Javan, cuarto hijo de Jafet, se estableció en la parte sudoeste del Asia menor; que sus descendientes fueron los jonios y griegos, y sus principales dioses el cielo y la tierra. Los que de estos dos últimos nacieron, empezando por Titan, lo declara el texto á continuacion.

De repente aparecen en medio de las tinieblas diez mil banderas que ondean en los aires ostentando sus orientales colores, y en derredor de ellas un bosque inmenso de lanzas y apiñados cascos. Oprimense los escudos en una línea de impenetrable espesor, y á poco comienzan á moverse los guerreros, formando una perfecta falange, al compás del modo dórico, que resuena en flautas y suaves oboes. Tales eran los acentos que inspiraban á los antiguos héroes armados para el combate, en vez de furor, una noble calma, un valor sereno, que se sobreponía al temor, á la muerte y á la cobardía de la fuga ó de una vergonzosa retirada; concierto que con sus acordes religiosos bastaba á tranquilizar el ánimo turbado, á desterrar la angustia, la duda, el temor y el pesar, y á mitigar el sobresalto del corazón así en los hombres como en los dioses.

Unidas así sus fuerzas, y con un pensamiento fijo, marchaban silenciosos los ángeles caídos al són de los dulces instrumentos, que hacían ménos dolorosos sus pasos sobre aquel suelo abrasador; y cuando hubieron avanzado todos hasta ponerse al alcance de la vista, se detuvieron, presentando su horrible frente, de espantosa longitud. Brillaban sus armas como las de los antiguos guerreros, y alineados con sus escudos y lanzas, esperaban la orden que debía dictarles el soberano.

Fija Satan su experta vista en las compactas filas; de una ojeada recorre toda la hueste; ve el buen orden de los combatientes, sus semblantes, su estatura como la de los dioses, y calcula por último su número. Dilátase entonces su corazón lleno de orgullo, y se vanagloria al verse tan poderoso, pues desde que fué creado el hombre, no se había reunido fuerza tan formidable. Á su lado cualquiera otra sería tan despreciable como los pigmeos de la India que guerrean con las grullas, aún cuando se agregase la raza gigantesca de Flegra ¹ con la heroica que luchó delante de Tébas y de Ilión ², donde por una y otra parte se mezclaban dioses auxiliares; aunque se uniesen aquellos que celebran fábulas y leyendas al hablar del hijo de Utero ³, rodeado de caballeros de la Armórica y de Bretaña; aunque se juntaran, en fin, todos los que después, cristianos ó infieles, lidiaron en Aspromonte ó Montauban, en Damasco, Marruecos ó Trapi-

(1) Valle de Tesalia en que los Gigantes pelearon contra los Dioses.

(2) En la guerra entre los hijos de Edipo en Tébas, y entre los griegos y troyanos en Ilión (Troya) se vieron los héroes ayudados por los dioses, y por esta razón se llama á los segundos *auxiliares*.

(3) El rey Arturo, cuyas proezas intentó alguna vez celebrar Milton en un poema épico.

sonda, ó los que Biserta envió desde la playa africana cuando Carlomagno y sus pares fueron derrotados en Fuenterrabía ¹.

Superior aquel ejército de espíritus á todos los de los mortales, observaba á su jefe, que superando á su vez á cuantos le rodeaban por su estatura y lo imperioso de su soberbio aspecto, se elevaba como una torre. No había perdido aún la primitiva belleza de sus formas, ni dejaba de parecer un arcángel destronado, en quien se traslucía aún la majestad de su pasada gloria; era comparable con el sol naciente, cuando sus rayos atraviesan con dificultad la niebla, ó cuando, situado á espaldas de la luna, en los sombríos eclipses, difunde un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el temor que inspiran sus revoluciones. Así oscurecido, brillaba más el arcángel que todos sus compañeros; pero surcaban su rostro profundas cicatrices causadas por el rayo, y en la inquietud que en sus demacradas mejillas y bajo sus cejas se retrataba, al par que en su intrepidez é indomable orgullo, parecía anhelar el momento de la venganza. Cruel era su mirada, aunque en ella se descubrieran indicios de remordimiento y de compasión al fijarla en sus cómplices, en sus secuaces más bien, tan distintos de lo que eran en la mansión bienaventurada, y á la sazón condenados para siempre á ser partícipes de su pena: millones de espíritus que por su falta se hallaban sometidos á los rigores del cielo, expulsados por su rebelión de los resplandores eternos, y que habían mancillado su gloria por permanecerle fieles. Asemejábanse á las encinas del bosque ó á los pinos de la montaña, desnudos de su corteza por el fuego del cielo, pero cuyos majestuosos troncos, aunque destrozados, subsisten en pie sobre la abrasada tierra.

Prepárase á hablar Satan, y se inclinan de una á otra ala las dobles filas de sus guerreros, rodeándole en parte todos sus capitanes, á quienes la atención hace enmudecer. Tres veces intenta el Arcángel comenzar, y otras tantas, con mengua de su orgullo, brotan de sus ojos lágrimas como las que pueden verter los ángeles; pero al fin se abren paso las palabras por enmedio de sus suspiros.

«¡Legiones sin cuento de espíritus inmortales! ¡Dioses con quienes solo puede igualarse el Omnipotente! No dejó aquel combate de ser glorioso, por más que el resultado fuese funesto, como lo atestigua este lugar y este terrible cambio sobre el que es odioso discurrir. Pero ¿qué espíritu, por previsor que fuera, y por

(1) Nombres y alusiones tomadas de los romances y libros caballerescos, á que fué el mismo Milton muy aficionado en su juventud.

más que tuviera profundo conocimiento de lo pasado y de lo presente, habria temido que la fuerza unida de tantos dioses, y dioses como estos, llegaria á ser rechazada? ¿Quién podria creer, aun despues de nuestra derrota, que todas estas poderosas legiones, cuyo destierro ha dejado desierto el cielo, no volvieran en si, levantándose á recobrar su primitiva morada? En cuanto á mi, todo el celeste ejército es testigo de que ni los pareceres al mio contrarios, ni los peligros en que me he visto han podido frustrar mis esperanzas; pero Aquel que reinando como monarca en el cielo, habia estado hasta entónces seguro sobre su trono, sostenido por una antigua reputacion, por el consentimiento ó la costumbre, hacia ante nosotros ostentacion de su pompa régia, mas nos ocultaba su fuerza, con lo que nos alentó á la empresa que ha sido causa de nuestra ruina. De hoy más sabemos cuál es su poder y cuál el nuestro, de suerte que si no provocamos, tampoco tememos que se nos declare una nueva guerra. El mejor partido que nos resta, es fomentar algun secreto designio para obtener por astucia ó por artificio lo que no hemos conseguido por fuerza; para que al fin podamos probarle que el que vence por la fuerza, no triunfa sino á medias de su enemigo. Puede el espacio producir nuevos mundos; y sobre esto circulaba en el cielo há tiempo un rumor, respecto á que el Omnipotente pensaba crear en breve una generacion que sus predilectas miradas contemplarian como igual á la de los hijos del cielo. Contra ese mundo intentaremos acaso nuestra primera agresion, siquiera sea por via de ensayo; contra ese ó cualquiera otro, porque este antro infernal no retendrá cautivos para siempre á los espíritus celestiales, ni estarán sumidos mucho tiempo en las tinieblas del abismo. Tales proyectos, sin embargo, deben madurarse en pleno consejo. Ya no queda esperanza de paz, porque, ¿quién pensaria en someterse? ¡Guerra pues! Guerra franca ó encubierta es lo que debemos determinar!»

Dijo, y en muestra de aprobacion, levantáronse en alto millones de flamigeras espadas, que desenvainaron los poderosos querubines. Su repentino fulgor ilumina en torno el Infierno; lanzan los demonios gritos de rabia contra el Todopoderoso, y enfurecidos, y empuñando sus armas, golpean los escudos con belicoso estruendo, lanzando un reto á la bóveda celeste.

Elevábase á poca distancia una colina, cuya horrible cima exhalaba sin cesar fuego y columnas de humo, miéntras lo restante de la eminencia brillaba con una capa lustrosa, señal indudable de que en sus entrañas se ocultaba una sustan-

cia metálica, producida por el azufre. Por alli en alas del viento se precipita una numerosa falange, semejante á las escuadras de peones que, armados de picos y azadas, se esparcen por los reales para construir una trinchera ó levantar un parapeto. Mammon¹ es quien la conduce; Mammon, el ménos altivo de los espíritus caidos del cielo, pues aún en éste sus miradas y pensamientos se dirigian siempre hácia abajo, admirando más las riquezas del pavimento celestial, donde se pisa el oro, que cuantas cosas divinas ó sagradas se gozan en la vision beatifica. Por él primero, y guiados por sus indicaciones, saquearon los hombres el centro de la tierra, y con impias manos arrancaron á su madre las entrañas para apoderarse de tesoros que valdria más estuviesen para siempre ocultos. Abrió en breve la gente de Mammon una ancha brecha en la montaña, y extrajo de sus simas grandes porciones de oro. ¿Por qué hemos de admirarnos de que se produzcan las riquezas en el infierno, si sus senos son los más á propósito para tan precioso tósigo? Los que aqui se vanaglorian de las cosas mortales, y hablan maravillados de Babel y de las obras de los reyes de Ménfis, sepan que los más célebres monumentos del poder y del arte humanos quedarian fácilmente eclipsados junto á los que los espíritus réprobos construyen. Ellos fabrican en una hora lo que los reyes, con incesantes trabajos é innumerables brazos, pueden acabar apénas. Cerca de alli, en la llanura, funden otros con arte maravilloso el mineral macizo en inmensos hornillos preparados al efecto, por debajo de los cuales pasa una corriente de fuego liquido que sale del lago, y separa cada especie, sacando las escórias de entre los terrones de oro. Otros, en fin, forman con igual prontitud en la tierra diferentes moldes, y por medio de un admirable artificio llenan cada uno de aquellos profundos huecos con la materia de los ardientes crisoles, del mismo modo que en el órgano, un solo soplo de viento, repartido entre varias séries de tubos, produce todas sus armonias.

De repente, al compás de una deliciosa música y dulces cantos, brota de la tierra como vaporosa llama un edificio inmenso, construido como un templo y rodeado de pilastras y columnas dóricas, coronadas por un arquitrave de oro. No faltaban alli cornisas ni frisos con sus bajos relieves, y la techumbre era de oro cincelado. Ni Babilonia ni la grandiosa Ménfis alcanzaron en sus dias de gloria semejante magnificencia, para honrar á sus dioses, Belo ó Serápis, ó para

(1) Nombre al parecer siríaco, que significa *riquezas*; y con efecto, algunos suponen dios de ellas á Mammon, como los gentiles á su Pluto.